

## **BARRAS BRAVAS. VIOLENCIA Y CONTEXTO EN COLOMBIA**

*por Diana Paola Ávila*

El fenómeno de las barras bravas, como bien es sabido, no es reciente ni originario de Suramérica, pero precisamente por los contextos sociales, económicos y políticos de nuestros países, ha tomado dimensiones distintas a la de las primeras agrupaciones de hooligans en Europa.

Aunque las que “gozan” de mayor reconocimiento son las barras de Argentina por su influencia mediática y política, además de su gran capacidad de convocatoria y organización, ésta forma de agrupación se ha desarrollado en otros países suramericanos, con características semejantes a las Argentinas, por homologación y por exportación de ideas. Colombia es uno de los países donde la influencia de las barras bravas argentinas se ha sentido con mayor fuerza, pero que ha tomado dimensiones sociales difíciles de calcular en la medida en que los intereses que se juegan en las barras colombianas no tienen que ver con el poder político o mediático, sino con un juego de honor dentro de los sectores populares, que convierten a estas agrupaciones en centro y eje de acción, con consecuencias que implican un “aguante”, en el que se juega hasta la vida.

Cuando se hace referencia a las denominadas “barras bravas”, se menciona casi de manera inmediata una alusión a la violencia: es difícil pensar la dinámica del mundo de los integrantes de estos grupos sin pensar en formas violentas de expresión. Ahora bien, esta violencia pensada así, como una categoría inherente, no da espacio para entender el sentido de estas formas de expresión y las maneras en cómo son dadas en relación con los contextos y los significados que ella tiene.

Por lo anteriormente dicho, pareciera ser parte del sentido común pensar que las barras bravas son violentas. Sin embargo, esta imagen ha sido alimentada no sólo por las acciones de estos grupos, sino también por los medios de comunicación y por la estigmatización de la que son foco tanto en Argentina como en Colombia. Esto tiene que ver con varios factores, entre ellos, con el planteamiento de políticas públicas y manejos de conflictos e intereses políticos y económicos que utilizan la imagen violenta de estos grupos para generar leyes y sacar beneficios.

En Colombia existen varias agrupaciones barras bravas cuyas estructuras de poder se determinan por el “aguante” y la pasión que los mueve, no tanto por el fútbol como por la barra misma, los que conlleva a protagonizar acciones de

violencia en las cuales han perdido la vida varios adolescentes. Es allí donde la preocupación de organismos estatales y no estatales comienza a dar como frutos programas que pretenden emprender acciones para disminuir las acciones violentas.

Colombia es un país que atraviesa por una situación de conflicto interno armado, donde categorías como *la violencia* han tomado desde hace décadas una connotación diferente, y ello puede verse en la sensibilidad de los colombianos frente a unos tipos de violencia política, y en contraparte, el desinterés frente a tipos de violencia simbólica y social que no tienen relación directa con el narcotráfico y el terrorismo.

A pesar de programas como *Vida Sagrada* de la Alcaldía Mayor de Bogotá, entre otros, en los que se ha hecho un gran esfuerzo por trabajar con los líderes de las barras desde programas culturales de integración, el problema no ha disminuido, por el contrario, la vinculación por parte de adolescentes cada vez de menor edad y de sectores más deprimidos de la sociedad va en aumento, ya que es en las barras donde encuentran a sus amigos, y además la vinculación por identidad y reconocimiento que en otros lugares no encuentran.

A diferencia de otros lugares, el hacer parte de la barra tiene que ver más con la cuestión de pertenencia que con la de beneficio, ya que el “hacer parte de” no representa en ninguna medida beneficios económicos ni políticos, pues estos son de carácter simbólico y social: lo que está en juego es una posición ante sus pares y ante la sociedad inmediata con la que conviven, haciendo que este reconocimiento se extienda a espacios tales como el barrio y la escuela.

Por consiguiente, al no contar con representaciones a nivel político influyente -de hecho se rechaza los nexos con organismos estatales-, todos estos factores que hacen que la palabra *violencia* tenga un significado diferente a los encontrados en otros países, y que requieran con más detenimiento un *pensar el mundo de los barra*, en términos sociales y de significación, más allá de los encasillamientos que hacen por un lado los medios de comunicación, y las acciones de represión que hace la policía y la legalidad por otro.

El problema está, considero, en que los programas creados, aunque fomentan acciones de reflexión y se dirigen a una cultura de la paz, no han indagado lo suficiente en la vinculación que existe entre las barras de otros países y las colombianas por un lado, en las verdaderas significaciones de la identidad y la vinculación a estas redes sociales por otro, y faltan acciones encaminadas a la

prevención, que ahonden en políticas educativas que tengan en cuenta los contextos específicos más allá de las generalizaciones.